

LOS CUENTOS DEL ABSURDO

Nadie pudo preveer que llegaría una época, la nuestra, en que al hombre se le haría saltar violentamente de su vida acostumbrada, y se le obligaría a seguir existiendo en el absurdo. Si a un hombre del XIX se le hubiera presentado el panorama de nuestro tiempo habría afirmado: no, así el hombre no puede vivir, morirá. Y se habría equivocado: el hombre sigue viviendo, terca, tesoneramente, pero no se acostumbra.

Para quienes descreen de la calidad profética de toda gran literatura, bastaría recordarles que todos los libros de Franz Kafka fueron escritos antes de 1924, fecha de su muerte; que su cuento *La Metamorfosis*, es de 1915, y en él ya se muestra que un hombre transformado en un monstruoso insecto, puede seguir viviendo. En 1915 podía resultar inusitado; hoy leemos Kafka proyectándolo sobre un paisaje conocido, el de nuestro vivir cotidiano; sabemos que *El proceso* no alude a un mundo imaginario producto de una mente afebrada, sino al mundo real en que estamos violentamente insertados. Pero no nos acostumbramos.

Por los años de 1936, cuando los grandes procesos, circulaba este cuento anónimo, que recogió Gide en su último libro: *Los guardias fronterizos* que habían recibido orden de tirar sobre todos los que intentaran franquear clandestinamente la línea divisoria, ven un día con estupor que se acerca una cierta cantidad de pequeños conejos, diciendo: "Por piedad, dejadnos pasar". "Y por qué? ¿qué os ocurre?" pregunta uno de los guardias. "Nos hemos enterado en forma confidencial de que muy pronto van a pasar a cuchillo a todas las jirafas del país" El guardia se echa a reír y exclama: "Pero mis pequeños, ustedes no son jirafas". "Si —replika el delegado de los conejos— sí, tiene usted razón, pero ¿Cómo probarlo?"

En un mundo en que la justicia ha abandonado el rigor racional de la prueba, todo es posible, y a ese mundo absurdo el hombre no se acostumbra aunque día a día toque su realidad.

Otras veces estos cuentos del absurdo son formas transparentes de una decidida resistencia. Millares han sido creados por los pueblos oprimidos, y una antología de ellos diría más y mejor sobre las letras y el mundo actual que esos presuntos laberintos de las pesadillas, como los del argentino J. L. Borges, que nos han sido presentados como modelos de resistencia política.

Leo ahora uno verdaderamente ejemplar. Tiene autor: un alemán llamado Gustav Just, que dirigía —tiempo pasado— un semanario de cultura en el Berlín este. Un modelo de la literatura del absurdo, y un modelo de la literatura de resistencia. Dice así: En una pequeña aldea llamada Schilda, había una vez una escuela donde se enseñaba que dos más dos es igual a nueve. Los niños aceptaban sin dificultad esta enseñanza y aprendían complacidos. Pero ocurrió que un día las autoridades comprendieron que su falsificación matemática estaba por ser descubierta en el mundo entero. A pesar de ello no se atrevieron a restablecer la verdad porque temieron que entonces resultara alterado el orden público. Para evitar una conmoción repentina, decidieron que los maestros atenuaran lentamente la enormidad de su mentira. Se les ordenó que, para comenzar, enseñaran que dos más dos es igual a ocho, no más. Luego, paso a paso, podrían ir aproximándose a esa cifra "cuatro" que los espíritus burgueses consideraban la correcta.

"Lamentablemente para ellos, los escolares vieron el cambio gradual con malos ojos. Al segundo día, cuando se les solicitó que admitieran que dos más dos podría ser igual a siete, algunos se levantaron de sus asientos, y dirigiéndose a los baños, escribieron sobre las paredes: dos más dos igual a cuatro. Fue entonces que las autoridades, espantadas, comprendieron que los alumnos nunca habían ignorado la verdad".

Un verdadero modelo del género decía, y tal, que esta breve página literaria, acarreó la destitución de su autor, y una purga general de intelectuales alemanes, que no parecían dispuestos a aceptar las condiciones del mundo absurdo en que vivían. Honor, que lamentablemente no alcanzaron los modelos literarios de la resistencia argentina.

Decía ya en el siglo pasado el viejo Goya, y el autor de *Los Caprichos* y de *Los horrores de la guerra*, tenía sobrados motivos para decirlo, que los sueños de la razón producen monstruos. Porque no es cometido de la razón el soñar, sino el de vigilar atentamente la realidad. Contra los monstruos que hoy imponen las condiciones de un mundo intolerable para la vida, se alzan estas endebles construcciones cuentísticas que reflejan la aspiración a restaurar la auténtica razón, y por encima de ella, la verdad.

ANGEL RAMA